

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LA PRENSA EN JAÉN

*Por Alfonso Sancho Sáez
Consejero del Instituto de Estudios Giennenses*

No voy a hacer otra cosa que mencionar los cuatro primeros periódicos de que se tiene noticia entre los publicados en Jaén. Su importancia, por la época en que se publican y por el hecho de que se conservan las colecciones casi íntegras, reclaman un estudio más detallado del que ahora puedo dedicarles.

Son, por orden cronológico, «Diario de Jaén» (julio-agosto de 1808), «Correo de Jaén» (agosto 1808-mediados de 1809), «Gazeta de Jaén» (mediados de 1810) y «Diario Extraordinario de Jaén».

Entre 1814 y 1820, en Jaén, como en toda España, el gran silencio. La reacción absolutista y la supresión de la libertad de imprenta amordazaron a la libertad de expresión hasta la asfixia. Pero el pronunciamiento de Riego en Cabezas de San Juan el 1 de enero de 1820 y el subsiguiente juramento —lleno, como es sabido, de reservas mentales— de la Constitución de 1812 por parte de Fernando VII, el 9 de marzo, parecía inaugurar una era de libertad general que, para la prensa, se regularía por la nueva Ley de Imprenta de 5 de noviembre de 1820 relativamente permisiva.

Aun antes de la promulgación de la nueva Ley, el mundo periodístico se adelanta y, solamente en Madrid, cerca de 20 periódicos salieron a la luz pública.

Jaén no fue de las ciudades menos madrugadoras pues —dentro de la limitada documentación que poseemos— sabemos que ya en mayo de 1820 se publicaba «Periódico de Jaén», del cual es conocido el n.º 3 correspondiente al 17 de mayo de 1820 (1). En su editorial, titulado «Los amantes de la patria», se hace un llamamiento a la paz y a la concordia

(1) CAZABÁN, ALFREDO: «Don Lope de Sosa», año 1913, pp. 131-134.

bajo la sombra protectora de la Constitución. La alegría por la libertad rescatada se manifiesta tímida, desconfiada y, hasta cierto punto, agorera:

«A la verdad, si todos nos conducimos opuestos en las ideas y no cooperamos con indisoluble unión a la consolidación de nuestras leyes fundamentales, fuente y origen de la tranquilidad de aquel, será momentánea nuestra alegría y con dolor veremos a los enemigos de la patria alzar el grito del despotismo...»

Para conjurar este peligro, termina el párrafo animando a luchar contra «algunos anarquistas perturbadores del orden social» y exhorta a ver «ambas Españas alrededor del trono del mejor de los Monarcas». Como se ve, al editorialista no le llega la camisa al cuerpo y se precave con la servil frase «el mejor de los Monarcas» y con la llamada a «las dos Españas», siniestro concepto muy anterior a lo que corrientemente se supone.

El resto del ejemplar de referencia da cuenta de la celebración oficial con motivo del juramento a la Constitución por parte del Ayuntamiento Constitucional y de la procesión cívica. Siguen una serie de noticias acerca de la organización de la Milicia Nacional «que ha de refrenar, en su caso, los excesos de los enemigos del orden y la tranquilidad pública». Por último, publica la lista de los Electores de Partido para la elección de Diputados a Cortes y Junta Provincial a los que exhorta a elegir como Diputados a «ciudadanos honrados, provecetos y virtuosos que van a dictar leyes sabias y justas, a contener las fuerzas del despotismo, a extinguir el insano egoísmo...»

La década absolutista (1823-1833) sumió nuevamente a la prensa de Jaén en un silencio sepulcral. Pero, poco antes de la muerte de «El De-seado» y la asunción de la Regencia por la reina viuda, vuelven a publicarse periódicos en nuestra ciudad. Si es que periódicos pueden llamarse a los boletines oficiales establecidos en las 49 provincias (creados por Real Orden de 20-IV-1833), con el fin de difundir órdenes y disposiciones oficiales. «El editor, que tenía libertad para fijar el precio de las suscripciones, podía también insertar anuncios privados y artículos en los espacios sobrantes» (2). Curiosa libertad de expresión, como se ve.

(2) SEOANE, M.^a CRUZ: «Historia del periodismo en España», El Siglo XIX, Alianza Universidad, Madrid, 1983, p. 144.

A esta estructura y limitaciones responde el «Diario de Jaén» (segundo de tal título) que se publicó desde el 10 de junio al 9 de agosto de 1833 y cuya colección consta de 61 números y 245 páginas. En la cabecera, figura el escudo real y en el número 1 se inserta una nota que dice:

«Se admiten suscripciones en la librería de Carrión a 14 reales mensuales llevado a las casas de los señores suscriptores y a 18 reales para los pueblos franco de porte; y se advierte que todos los ejemplares irán sellados como el presente para evitar falsificaciones.»

Asimismo, en la cabecera se incluye el santoral del día, la salida y la puesta del sol.

El editor de Jaén, tras cumplir con las obligaciones oficiales que le eran impuestas, procuraba regocijar el ánimo de los lectores con una sección miscelánea titulada «Variedades». En una de ellas, recoge unos versillos del «Eco del Comercio» que dicen:

Muchos libros no hacen docto
ni muchas barbas, doctor
como lo prueba un librero
y lo confirma un cabrón,

El primer anuncio lo inserta Sebastián López, fabricante de objetos de concha y ofrece pasadores, peinetas y calas de última moda al uso de la ciudad de Granada. Vive en Pilar de la Imprenta, n.º 6.

En el n.º 4, correspondiente al 13 de junio, se alaba la abertura (sic) de la carretera desde la Villa y Corte a Granada.

Como consecuencia de esta mejora, se anuncia el establecimiento de la diligencia, cuyas tarifas, requisitos y horarios, así como los puntos de parada se detallan. Por lo que se refiere al trayecto Jaén-Granada, las paradas previstas eran: La Guardia, Cortijo de la Iglesia, Campillo de Arenas, Campotéjar, Mitagadán y Granada; los precios, según categoría, se fijaban en 130, 116, 80 y 72 reales. En cuanto a horarios, se especifica que los lunes de cada semana, a las ocho de la noche, llega a Jaén un coche o góndola con nueve asientos que sale de Madrid los sábados a las doce del mediodía; esta diligencia enlaza en Jaén con otra de la misma clase y capacidad que sale de Granada en el mismo día de

su llegada a Jaén; a las tres de la mañana del martes sale uno de estos coches para Madrid y el otro para Granada. Los miércoles se establece un servicio a las mismas horas y con los mismos destinos pero con góndolas de quince asientos. Se advierte también que en Jaén, en la Posada del Rastro, que es el punto de descanso y hospedaje, se sirve una cena a los pasajeros y cama a los mismos precios que en las demás posadas de la carretera de Andalucía.

En el n.º 5 de 13 de junio, se aboga por el antiguo proyecto de canal o acequia «que ha de beneficiar a esta campiña desde Grañena a las Infantas», muy importante porque ha de pasar «por las tierras o inmediaciones del cortijo famoso de ese nombre (Grañena) perteneciente al Convento de Santo Domingo».

En varios números siguientes se describen las fiestas y homenajes tributados en los distintos pueblos de la provincia a la Reina Isabel II con motivo de su Coronación.

Como novedad artístico-recreativa, se hace abundante propaganda del «Panoneorama» y se insiste en las diferencias de este espectáculo con el «Diorama», «Cosmorama», «Georama», «Corporama», «Neorama» y «Panorama». El «Panoneorama» estaba establecido en la Plaza del Mercado y Posada de los Caballeros.

También se anuncia la llegada a Jaén para pasar consulta del Doctor Don Cristóbal Lusardi, especialista en ojos y oídos. Las retribuciones no han de pasar de 20 reales y se aloja por unos días en la Posada de los Caballeros. En números siguientes, el periódico se hace lenguas de las milagrosas curaciones del Dr. Lusardi. Por ejemplo, el día 27 de julio ya había curado a 23 personas y había practicado dos operaciones, una de pupila artificial y otra de cataratas.

A las maravillosas exhibiciones del «Panoneorama» vienen a añadirse las de figuras de cera del Salón Romano, instalado en las salas bajas del palacio del Duque de Montemar, actual Ayuntamiento.

Con el n.º 61 de 9 de agosto, se termina la publicación del «Diario de Jaén» que, en realidad, no hace otra cosa que cambiar de nombre puesto que el 10 de agosto aparece, con formato y estructura similares, el «Boletín Oficial de Jaén»; de éste se conserva una colección desde el n.º 1 hasta el 62 de 31 de diciembre de 1833. Tanto uno como otro periódico se editaban en la imprenta de Manuel M.^a de Doblas, de gran tradición y antigüedad. El nuevo «Boletín» aparecía los martes, jueves y sábados.

Entre los acontecimientos más destacados de la nueva publicación

hay que registrar la noticia del fallecimiento de Fernando VII que aparece en el n.º 25 de 5 de octubre y que ostenta una gran orla negra; puntualiza que la hora del fallecimiento fue la de las tres menos cuarto de la tarde y recoge las disposiciones de la Reina Regente por las que confirma en sus puestos a todas las autoridades del Reino y declara riguroso luto nacional durante seis meses. En el mismo número y ante las alarmistas noticias de la aparición del cólera morbo en Sevilla y sus proximidades, se inserta una nota de la Junta Provincial de Jaén que dice: «En esta Provincia, por la Divina Misericordia, se disfruta de la más completa salud». Al mismo tiempo, dicha Junta confirma la eficacia en la lucha contra el cólera de los ladrillos de sal-piedra por su valor calórico calentados al fuego; en consecuencia, se piden doscientos ladrillos a la fábrica más próxima que está en Cuenca.

En el n.º 38 de 5 de noviembre se anuncia la refundición de leyes y reglamentos de imprenta, medida que se considera sabia y urgente para las necesidades de la prensa periódica. Se sugiere que se unifiquen los muy dispares criterios de los censores y la conveniencia de que éstos, además de sabios «estén dotados de particular afición a la literatura».

Por último, en el n.º 45 de 21 de noviembre, se publica un comunicado de la Subdelegación Principal de Policía de la Provincia de Jaén sobre la amnistía general, ampliándola a los emigrados. Concede «la inmunidad de todo procedimiento judicial por su conducta política anterior y la libertad de volver al seno de sus familias, a la posesión de sus bienes o ejercicio de su profesión, al goce de sus derechos, grados y honores y la opción de las gracias que merecieren de mi gobierno a...» (sigue una relación en la que aparecen nombres tan sonoros como Argüelles, Duque de Rivas, Mariano Lagasca, Pablo Montesino, Vicente Salvá, etc.). Una de las dos Españas regresa a la Patria en una de las muchas «transiciones» que le esperaban a lo largo de siglo y medio al asendereado y sufrido pueblo español.

De 1834 no hay más que dos noticias escuetas relativas a la historia de la prensa y que proporciona José de la Vega Gutiérrez (3). Se trata de los títulos «Eco del Comercio» y «El Tiempo»; sólo eso, los títulos, conocemos de estas publicaciones.

Por su parte, Cazabán en su artículo «De mi rebusca» (4) dice: «El

(3) DE LA VEGA GUTIÉRREZ, JOSÉ: «Papeles de Maricastaña».

(4) CAZABÁN, ALFREDO: «De mi rebusca», «El Pueblo Católico» de 17 de marzo de 1898.

primer periódico de Jaén —parece que Cazabán desconocía los anteriormente citados— fue «El Loco», el segundo «El Vesubio», el tercero «El Crepúsculo» y el cuarto «La Flor». Seguramente, Cazabán toma los datos de «El Guadalbullón» (5) que ironiza sobre los mencionados periódicos. De todos ellos, no podemos dar otra noticia que el título y la fecha aproximada de su publicación en torno a 1840. Con la excepción afortunada de «El Crepúsculo» del que se conserva la colección completa y del que voy a ocuparme a continuación.

También dedica «El Guadalbullón» (6) amables pullas a «El Crepúsculo»:

«Muy joven, casi sin pelo de barba, trovador y galante, instrumento dócil de mil dedicatorias, lo que se llama un periódico oficial *para damas y caballeros*.

Muy buenas noches, señor Crepúsculo: yo saludo a V. como contemporáneo ya: el primero que trabajó en la carrera de las letras; agrio camino con agría recompensa, de pocas ventajas por la falta de consumos, pero cuyo pensamiento adivino y celebro porque lo miro como esa desinteresada concepción de la juventud que se levanta en una mañana armoniosa y poética.»

La colección de «El Crepúsculo» se conserva en un tomito de 272 páginas en octavo y mancha de 16 por 9,5. Se publicaron 17 números desde el domingo 7 de agosto de 1842 hasta el domingo 27 de noviembre del mismo año. Su periodicidad era semanal y se subtitula «Periódico de literatura y artes». Los puntos de venta de la Revista, que se relacionan, eran 59, desde Mondoñedo al Puerto de Santa María y desde Oviedo a Tortosa.

En el «Prospecto» de presentación que precede al n.º 1 se especifican los objetivos y propósitos de la publicación. Dice el «Prospecto» que el que Jaén, como otras poblaciones, no disponga de un periódico «más bien que a falta de hombres capaces de llevar a cabo empresa de tal naturaleza, debe atribuirse a la apatía de aquellos que con sus extensos conocimientos y despejadas luces pudieran contribuir a colocarla al nivel de las demás, sirviendo también de estímulo a la juventud estudiantina.»

(5) «El Guadalbullón», 20 de diciembre de 1846.

(6) «El Guadalbullón». Tomo I, año 1847, pp. 29-30.

Los redactores se confiesan jóvenes «ajenos a toda especie de pretensiones literarias y, sobre todo, de lucro». Prometen «principios científicos, pensamientos filosóficos, crónicas y amenas tradiciones, artículos de crítica literaria, de costumbres y de teatro, poesías, novelas y, finalmente, sin olvidar cuanto puede ser de alguna utilidad a la provincia, haremos una revista semanal que comprenda todo lo que tenga relación con los intereses de ella.» A la vista de lo conseguido, hay que reconocer que los jóvenes periodistas cumplieron escrupulosamente sus promesas; con la excepción, tal vez, de los «pensamientos filosóficos» y la regularidad proyectada de la revista semanal, seguramente por escasez de corresponsales capacitados.

En cautelosa nota ofrece publicar cualquier clase de artículos «con tal que no verse sobre cuestiones de política o de gobierno, enteramente ajenos a su objeto». El precio del número suelto de 16 págs. se fijaba en dos reales y la suscripción mensual en 4 reales para la capital y 5 reales fuera de ella.

La expresa renuncia a la política libraba a los jóvenes redactores de cualquier veleidad de los censores pues, pese a la tolerancia oficial durante el trienio esparterista y la vigencia efectiva de la liberal Ley de 1837 que permitía desaforados ataques contra el Regente —que, según las lenguas murmuradoras, no leía ningún periódico—, la más elemental prudencia aconsejaba al modesto periódico no añadir un nuevo peligro de desaparición a los otros muchos que acechaban su precaria vida: mínima tirada, pocos lectores, escasos colaboradores...

Hay que incluir, pues, a «El Crepúsculo» —salvando las enormes distancias de calidad y posibilidades— en el ilustre grupo de revistas de Madrid y Barcelona como «Semanao Pintoresco», «Siglo XIX», «No me olvides» o «El Vapor» que, desde la década anterior y aun antes, venían siendo portavoces del triunfante romanticismo.

Con toda su modestia, es «El Crepúsculo» una publicación de excepcional importancia e interés para llenar en parte esa enorme laguna que existe en la historia de la literatura giennense y que abarca los primeros cuarenta años del siglo, bien porque no haya llegado hasta nosotros la documentación necesaria, bien —lo que es más probable— por la inexistencia de creadores de cierta nota. Lo cierto es que, desde 1816 en que Antonio Coello de Portugal dedica a Fernando VII su poema «El Sueño», de estructura neoclásica e intención decididamente áulica, hasta los poetas de «El Crepúsculo», no es posible encontrar un poema que merezca el nombre de tal. Los Montero Moya, Almendros,

Viedma, Bernardo López empezarán a publicar cuando un romanticismo desvaído y tópico evolucionaba hacia nuevos modos y sentimientos. De los poetas de «El Crepúsculo» —más por significativos que por estrictamente valiosos— he de ocuparme con cierto detenimiento.

La fecha de 1842, tan próxima al «annus mirabilis» que fijó Allison Peers en 1840, nos permite considerar a «El Crepúsculo» como portavoz del romanticismo giennense. Y no porque en el periódico haya una mención expresa del término sino porque los propios redactores debieron sentirlo así al elegir un título tan crepuscularmente romántico. El siguiente párrafo, hinchado de lirismo retórico, deja traslucir los sentimientos que compartían los entusiastas redactores:

«Mas entre estas horas destinadas para la vida y la agitación o ya para el reposo y el sueño, corre una que sin ser del día ni de la noche, sin haber luz ni sombra, es la precursora de la luz o de la oscuridad; a estos momentos de silencio, de meditación, de insomnio, llamamos crepúsculo. (...) Entonces es cuando los pasados siglos con sus trastornos y revoluciones se presentan a la muerte (...) El poeta cruza ese inmenso espacio de las edades y no cuenta en los siglos sino el polvo de las generaciones que se sepultaron en el vacío de la eternidad (...) y contempla la naturaleza muda en esos momentos de crepúsculo, en los que crea los grandes pensamientos que asombran al mundo y le ciñen la corona del genio...»

«El Crepúsculo», por su aspiración a entretener y a instruir deleitando, procura afanosamente ofrecer una gran variedad de asuntos. Alguna sección, sin embargo, era obligada en este género de publicaciones como las novelas por entregas, los trabajos de divulgación —más bien vulgarización— científica, los escarceos históricos, algún rasgo de costumbrismo, la obligada noticia más o menos fresca mezclada con lo puramente anecdótico y la frecuente inserción de poesías. No había una rígida estructura por secciones sino que parece adecuarse a la ocasional existencia de originales. Con frecuencia, ha de acogerse la Revista al amparo de auténticas «serpientes de verano» —literalmente, puesto que nace en agosto—, con noticias más o menos pintorescas como los buques de hierro fabricados en Londres, el puente colgado sobre el Tajo, la infernal máquina de guerra ensayada en Inglaterra, el «hecho horroroso» acaecido en el pueblecito francés de Oloron que reproduce a escala rústica y bestial la trágica de Romeo y Julieta o las sempiternas

tormentas e inundaciones de Levante en las que el granizo caído en Carcagente llegó a perforar los tres pisos de una casa.

Publica también recetas útiles como el nuevo modo de hacer azúcar, la forma de endurecer los objetos de yeso o el descubrimiento de un nuevo remedio contra el sublimado corrosivo.

No todas las noticias, sin embargo, eran de relleno sino que había alguna de interés local. Por ejemplo, el anuncio para el 1.º de octubre de la apertura de los cursos de Filosofía y Matemáticas en el «Colegio de Humanidades N.ª S.ª de la Capilla». Para la inauguración del nuevo Instituto faltaban aún unos años y de su solemne apertura se ocuparía «El Guadalbullón» en memorable crónica del principiante Almendros Aguilar.

En cambio, ya se anuncia gozosamente en el n.º 3 el inmediato establecimiento de la Escuela Normal, debido «al celo e interés de nuestro digno Jefe Político D. Agustín Alvarez Sotomayor» que, antes de su sentido traslado a Málaga quiere dejar esta mejora para Jaén. En relación con este acariciado logro, el n.º 5 de 4 de agosto inserta un artículo titulado «Escuela Normal» en el que informa a sus lectores de lo que es este tipo de institución y de «la incalculable utilidad que puede prestar a nuestra provincia». Tras una historia de estos establecimientos y una serie de disquisiciones acerca de lo funesto de la ignorancia y las excelencias de la instrucción pública —que no educación, todavía— traza el plan de enseñanza —el «curricula», que diríamos a la moderna— a que inexcusablemente ha de atenerse. Estas son las materias a impartir: Religión, Moral, Lectura, Escritura, Lengua Castellana, Aritmética, Geografía e Historia, Elementos de Geometría y Dibujo Lineal, Elementos de Química experimental, Lengua Francesa, Elementos de Historia Natural, Métodos de Enseñanza y Principios generales de Educación. Como se ve, pocas diferencias respecto a hoy; tal vez hemos ganado en la pompa y esplendor de las denominaciones disciplinarias que ahora empiezan a adquirir el plástico y vagoroso nombre de «Perfiles». Echamos de menos, eso sí, la Educación física —con lo que se explica la talla máxima exigible por el Ejército de 1,50—, la Música —con lo que se entiende que aún seamos el pueblo europeo de mayor sordera musical— y la Psicología y Filosofía, tan peligrosas e inútiles para un pueblo destinado a soportar asonadas y pronunciamientos sin cuento. No en vano la ilustre Universidad de Cervera advertía sabiamente: «Lejos de mí la funesta manía de pensar.» Con todo, la Escuela Normal iniciaba así una larga, progresiva y progresista andadura.

No escamoteaba la Revista a sus lectores la puntual información del precio del mercado que el 18 de septiembre se establecía así: Trigo, 34 reales fanega; Cebada, 26; Habas, 29; Maíz, 38, y Aceite, 50 reales la arroba.

También una incipiente publicidad servía a sus lectores una detallada oferta, ya fueran las recién aparecidas «Poesías» de Zorrilla o «Ayes del alma» de Campoamor —«ambos jóvenes, honor de nuestro suelo, se afanan incesantemente por añadir nuevas hojas de laurel a la corona que se han adquirido con su talento»—, la aparición en Madrid del periódico «El Gratis» o el gran Almacén de Música donde se podían adquirir las partituras de «La Sonámbula» de Bellini, «Semiramis» de Rossini y otras óperas «para canto y piano forte» de Donizetti y Mercadante.

Las ferias, la de agosto y la de octubre, que desde antiguo han marcado el ritmo festivo y económico de la ciudad, recibían el adecuado tratamiento periodístico. La de agosto se describía así:

«La feria se halla dividida en dos secciones, una en la plaza principal y calles colaterales, otra en la plazuela de San Antonio, calles inmediatas y afueras de la ciudad. En la primera están colocadas infinidad de tiendas donde se hallan surtidos para toda clase de trajes, elegantes adornos, utensilios domésticos, juguetes para niños y demás que concurren siempre a las ferias. (...) La concurrencia en este punto es inmensa y más cuando es el sitio del paseo durante el tiempo de la feria; ésta es la época de más animación y en la que, tanto nuestras bellas paisanas como las lindas beldades que de todos puntos vienen, muestran más elegancia y lujo en sus trajes, como el más exquisito gusto en sus tocados.»

En cuanto al mercado de ganados, añade:

«Millares de mulas, asnos, caballos y otra infinidad de animales se hallan acampados en los sitios que dejamos señalados.»

En otro número, en la «Revista Semanal», se queja de que «no ha dado los resultados que eran de esperar. Solamente los feriantes de ropas, sedas, juguetes y demás de esa clase, son los que han hecho lo que se llama buena feria, vendiendo gran porción de sus respectivos surtidos.» Como comprobación de la flojedad de las transacciones da

cuenta de que de 980 cabezas de ganado «Patirredondo» se han vendido sólo 290, mientras que del «Patihendido», de 650 cabezas de vacuno se han vendido 150 y de cerda, 1.800 de 3.000 presentados. Se felicita el cronista, para terminar, de que ni en la capital ni en la provincia se haya cometido «robo alguno en todo el tiempo ni vísperas de fiesta, transitándose los caminos con la mayor seguridad.»

En estos años, la feria importante, la verdadera feria era la de agosto. De la de octubre no se hace más que un breve anuncio el día 8 y se añade: «El crédito de que goza por lo concurrida que siempre ha sido en ganados es la mejor recomendación que puede dársele.» Una vez transcurrida, ni la menor reseña.

Los meses a que abarca la vida de la Revista —principios de agosto a finales de noviembre— nos privan de noticias acerca de festividades tan trascendentes en la vida religiosa y social de Jaén como la Semana Santa y el Corpus.

Hay, en cambio, abundantes referencias a la vida teatral de la ciudad. Es de notar que la crítica de las obras representadas insiste mucho más en la calidad de la interpretación y en el elogio o censura de los actores que en el mérito literario de la obra. Tal vez, ese mérito se consideraba como «cosa juzgada» por la crítica de la Corte y el crítico «amateur» cree menos comprometido opinar sobre la interpretación. Algún párrafo crítico, no obstante, se puede extraer. Por ejemplo, de «Gaspar el ganadero», de Ventura de la Vega, dice: «Bien sentimos al hablar de esta composición que lleva un nombre tan justamente celebrado en el teatro español, pero debemos decir que, verdaderamente indigna de su autor, ha obtenido entre nosotros el mal éxito que en casi todos los teatros del reino.» Como se ve, el crítico apuesta sobre seguro. Ciertamente, aunque Ventura de la Vega fue elegido para la Academia precisamente en 1842, su obra no había pasado en ese momento de unas cuantas adaptaciones del francés y algún libreto de zarzuela. Sus mejores obras, «El hombre de mundo» o «La muerte de César» vendrían más tarde. Pero el olvido en que hoy ha caído «Gaspar el ganadero» denota la agudeza del provinciano crítico.

Con «El zapatero y el rey», de Zorrilla, ya no se atreve y se limita a compartir la opinión consolidada: «Ella revela al joven poeta de los “Cantos del Trovador” tan justamente celebrado y nosotros no podemos más que admirarla.»

La mayoría de las obras representadas son traducciones del francés. De una de ellas, «El terremoto de la Martinica», traducida por Coll y

Tirado, se alaba la sorprendente escenografía y brillante tramoya; especialmente impresionó al cronista la escena «que figura las nubes que cubren el horizonte y preceden al acto del terremoto».

Efectivamente, era meritorio conseguir estos efectos en el destartado teatro construido en 1830. Por estos años, acababa de ser reformado y mejorado «en el entarimado de los pisos, la entrada de frente, la pintura de toda la obra de madera, la vestidura de las lunetas, mayor gusto en la embocadura y, por último, un alumbrado que nada deja que desear. No así el escenario donde se observa el mismo mal gusto que antes por lo mal dispuestas que están las decoraciones y lo deterioradas, después de doce años de estar sirviendo sin haberlas mejorado.» Así, de chapuza en chapuza, fue aguantando este decrepito teatro al que está ligada toda la historia teatral de Jaén hasta que, ya bien entrado el siglo XX, se edificó el también desaparecido Teatro Cervantes.

Ya he dicho que los trabajos de divulgación científica no faltan; por ejemplo, a la agricultura le dedican «Los últimos descubrimientos sobre la aplicación de las tierras a la agricultura», «Clasificación de los árboles», «El olivo», «Recolección de la aceituna», «De los abonos» y «Poda de los olivos». Trabajos, todos ellos, esperables y aun obligados en una región agrícola y, especialmente, olivarera. Llama la atención, por su actualidad hasta nuestros días, el dedicado a la recolección de la aceituna en el que ya se combate el sistema de vareo como bárbaro y destructor del árbol, anticuado y antieconómico y se recomienda, como novedad, la recogida a mano cuyo proceso detalla; a este respecto, pone como ejemplo la recolección hecha por el Marqués de Cadimo, agricultor progresista y al día.

Otros artículos se ocupan de la «Higiene pública»; en ellos aconsejan la utilización de la vacuna contra la viruela que está haciendo estragos. En uno de estos artículos se nos proporciona el siguiente y estremecedor dato demográfico: «Quinientos cuarenta niños nacidos en la capital y ciento treinta y dos ingresados en la Inclusa en el pasado año de 1841.» Es decir, casi el 20 % de la población infantil de Jaén estaba destinado al hospicio.

También se interesa la Revista por la utilidad del hierro en la sociedad moderna, la importancia de la Instrucción pública o ameniza a sus lectores con una descripción de la vida y costumbres del camello. En un macabro artículo titulado «Fisiología», instruye acerca de las probables sensaciones y sufrimientos de los ajusticiados con la guillotina; todo ello, con abundantes observaciones y citas científicas. Evidentemente,

sin acudir al método experimental. Una novedad de los tiempos, a la que el autor considera como panacea para el progreso de la Nación, se describe en el artículo «Estadística»; de ella, se dice: «Una de las medidas que con preferencia reclama un buen gobierno, la que más influye acaso en la suerte y felicidad de los pueblos, es sin disputa la formación de una buena y cabal estadística.»

En este amplio repertorio de preocupaciones culturales no podían faltar las Bellas Artes y las Humanidades. A las primeras está consagrado un trabajo así titulado, «Bellas Artes», en que el autor se afana en distinguirlas claramente de las llamadas «artes útiles». Asimismo, en «Origen y progreso de la poesía dramática», se ocupa casi exclusivamente de la tragedia griega, curiosa mezcla de leyenda, tradiciones y conocimientos escolares.

Gran importancia concede a los temas históricos. De notable interés son los tres siguientes: «Reseña histórico-geográfica de la Provincia de Jaén», «Historia de España» e «Historia de Jaén». La mayor parte de las noticias que recogen responden a un propósito de divulgación. Sin embargo, pueden entresacarse algunos datos menos conocidos.

En «Reseña...» se queja el autor de que nuestra provincia sea simple paso para «los muchos viajeros observadores que la atraviesan rápidamente, lo hacen encerrados en el coche de la diligencia sin parar en ningún punto de ella más que para descansar ligeras horas». Y así, como en un incipiente folleto turístico, se destacan los restos fenicios, cartagineses, la «vía romana que la atraviesa», la cortadura de Despeñaperros que hizo Carlos III y la fundación de Nuevas Poblaciones así como la cortadura de la admirable y natural «puerta de Arenas con los primorosos y sólidos puentes de esta carretera de Granada.» Parece que para el celoso defensor de nuestros atractivos turísticos no existieran Baeza, ni Ubeda, ni Segura, ni Hornos...

Se extasía, en cambio, con nuestras glorias históricas —las Navas, Bailén—, denuncia la falta de aprovechamiento del Guadalquivir y elogia las campiñas como «la llamada Loma de Ubeda para producir (...) la mejor raza de caballos andaluces, si su cría no estuviese tan abandonada», así como los millones de pinos de la Sierra de Segura «que podrían un día resucitar nuestra dormida y abandonada marina».

En cuanto a las comunicaciones —causa principal de nuestra pobreza— pide la conclusión de la carretera desde Bailén a Mengíbar, otra a Granada por Martos, Alcaudete y Alcalá; también la ya proyectada de Jaén a Ubeda que se prolongue hasta la de Madrid por Sierra

Morena; asimismo se apunta la utilidad de una carretera hacia Sevilla pasando por Córdoba. El párrafo es de interés por cuanto nos proporciona una precisa información de las carencias viarias de Jaén en 1842.

La «Historia de Jaén», que arranca de Tito Livio —un Tito Livio de segunda o tercera mano, por supuesto—, con noticias recogidas de Jiménez Patón, Ambrosio de Morales y Argote de Molina, intenta compendiar la historia de la provincia en una curiosa amalgama del documento y la leyenda. Hay, sin embargo, un interesante intento de describir el Jaén árabe en el momento de la Reconquista. Merece la pena la transcripción, especialmente para conocer el Jaén viejo conservado en 1842:

«Para conocerla (la extensión y antigua forma de la ciudad) bastará colocarse en la puerta de Martos, desde donde se ve la muralla que sube como una cadena de torre hasta juntarse con las que rodean el alcázar o castillo y seguir el rumbo que marcan con bastante distinción los torreones y muros cortados en varios puestos en la dirección siguiente: Puerta de Aceituno en lo alto del Arrabalejo, Puerta del Sol un poco más abajo, contigua a la fuente que pega a la muralla, cuya cortina sigue casi paralelamente la línea de las tapias de las huertas hasta la torre de San Agustín y se continúa formando ángulos entrantes y salientes por detrás de la calle de Tiradores, Campillejo de las Cruces, la cárcel, calle de los Álamos y de la Parra hasta la Carnicería. En lo bajo de la calle de Campanas, por donde se sale a la plaza de San Francisco, hubo antiguamente una puerta que se llamaba del Mercado y había en ella muchas inscripciones que vieron Ambrosio de Morales y Argote de Molina. Bajo los soportales del café, en la esquina junto a los cementos, se ven dos piedras con inscripciones difíciles de leer, una latina sepulcral y otra árabe, que son restos de las que había en dicha puerta. Esta se demolió para dejar expedito el terreno para la gran fábrica de la catedral, hasta el portillo de San Jerónimo y desde aquí continúa la muralla por la Puerta Noguera, arco de San Sebastián, Palacio de Torralba, puerta de Granada hasta la torre Sarnosa, punto de unión con los muros que arrancan de allí y suben al Castillo.»

A continuación, relata, con escepticismo y patente ironía de ilustrado, la leyenda del «lagartazo» que, en lo esencial, coincide con las

versiones poéticas de Almendros y la de López Paqué a la que, publicada en esta misma Revista, aludiré luego. Por su excesiva extensión, no transcribo la descripción del barrio propiamente árabe —Magdalena, San Juan, San Andrés, San Miguel— de exacta y evocadora toponimia pero contemplada con la ironía despectiva de hombre del siglo XIX y escasa sensibilidad artística.

Del artículo «Historia de España» poco hay que destacar como no sea una amarga alusión al atraso, destrucción y ruina que provocan las guerras. Las penosas consecuencias de la guerra carlista movían sin duda la pluma del acongojado cronista.

Estaba aún muy reciente el pistoletazo de Larra y muy vivas las páginas de Mesonero y Estébanez para que en una revista de este tipo no hubiera hueco para el costumbrismo. En efecto, el artículo «Costumbres», con prosa suelta y fácil, satiriza entre cáustico y amable a un Don Timoteo, hacendado tacaño, usurero y egoísta, precedente del hombre del «casino provinciano» que cantó Machado.

En lo puramente literario, no podían faltar las novelitas por entregas como pasto espiritual para lectores o lectoras de romo paladar. Todas son traducciones del francés y de muy escasa calidad. Baste con la enumeración de sus títulos: «Pedro el bañador», «Un error» —traducida por Joaquina Vera— «John Poker» y «Fatmé». No obstante, porque me parece significativo, no quiero dejar de señalar que las dos primeras novelas se sitúan en Francia, la tercera en Inglaterra y la cuarta en Estambul con lo que los tres ingredientes exóticos que caracterizan a nuestro romanticismo —lo francés, revolucionario, lo inglés, conservador y lo oriental, misterio y ensueño— están representados en la revista como en armoniosa y no beligerante síntesis.

Como era de esperar en plena ola de un romanticismo tardío, la poesía, tal vez mejor, los versos abundan. Solamente firman sus composiciones J.J. Cotarelo, José María López Paqué, Antonio García Negrere, Fco. de Rojas y José María de Albuérne. Los demás, excepto dos que llevan las iniciales incógnitas V.H. carecen de firma y hay que respetar este modesto y justificado anonimato.

Juan J. Cotarelo es —para mí— un enigmático poeta al que probablemente hay que considerar giennense, porque las únicas muestras de su poesía son las que aquí aparecen y por algunas alusiones locales. En total, seis composiciones bajo su firma y otra que, aunque anónima, por tono y estilo me parece posible atribuirle. De su personalidad, no tengo más noticias que una nota al pie de la página 180 en la que se ha-

bla de una colección de poesías próxima a editarse, dedicada a D. Pedro de Ortega Zafra, y que dice:

«La dulzura, elegancia y fluidez en el decir brillan en todas ellas, a la par que la sublimidad de los pensamientos, revelándonos el poeta que más de una vez hemos tenido ocasión de admirar de los diferentes trabajos que nos ha facilitado para su inserción.»

La poesía «El cazador» en octavillas agudas, divulgadas en esos momentos por «El estudiante de Salamanca» y «Margarita la Tornera», es una delicada composición que enfrenta la belleza, la paz del campo y la libertad de los aires a la crueldad inútil del cazador.

«El Santo Rostro», tema tan local, está compuesto de ocho serventesios y cuatro octavillas agudas; me parece una poesía de circunstancias, acaso de compromiso, fría y desangelada, carente de sincera emoción religiosa aunque resuelta con buen oficio de versificador.

«El canto del cazador», que no lleva firma, está en línea con «El cazador», ya comentada, por el tono de protesta ante la destrucción gratuita de la belleza natural y la blandura y facilidad del verso. Sin otros motivos especiales, me parece posible atribuirlo a Cotarelo.

Es, sin duda, «El Cruzado» uno de los más genuinamente románticos y de los mejores poemas del autor; destacan en él una ajustada estructura métrica así como una temática y atmósfera exóticas muy próximas a la oriental tan en boga. Métricamente es una composición polirrítmica —tan del gusto romántico— formada por tres quintillas del tipo «abaab» y otras tres redondillas. Entre cada una de las estrofas se intercala una octavilla aguda tetrasílaba de ingeniosas y felices variantes. Todo ello se distribuye en un emotivo diálogo amoroso de agradable lectura. El exotismo, la oferta a la dama de toda clase de bienes terrenales y, si ello no bastara, la vida y la cruz, la aceptación apasionada por la dama de la cruz, símbolo del amante cruzado, pertenecen al mundo pasional y nostálgico de la oriental; el cambio, esencial en el fondo, pero accidental en la retórica romántica, de la media luna por la cruz, no diluyen el inexcusable ámbito de ensueño y misterio.

«Los contrabandistas» es un delicioso poemita muy romántico y, a la vez muy moderno, a medio camino entre el mundo de los marginados que obsesionó a Espronceda y el misterio embrujado del Lorca de «Córdoba, lejana y sola». Como es natural, el parentesco con Es-

pronceda —y no me parece mal parentesco— es evidente y objetivo. Lo que pueda haber de un anuncio de Lorca es de mi absoluta responsabilidad; véase la estrofa final:

Ganen fama capitanes
con el mapa y guerrear,
que yo sé dos mil veredas
que llegan a Gibraltar.
Anda, jaquilla serrana,
pies divinos,
a ver los ojos indinos
que valen más que Triana.

«La casa de Laura» es una lacrimosa composición en la que el autor enfrenta la alegría de la Naturaleza por la presencia de Laura y la melancolía de su ausencia. Son estrofas de cuatro versos dodecasílabos con rima de los pares en rima consonante aguda y libertad en los impares; libertad que compensa con la introducción de «rima al mezzo» cada dos versos. Se trata de un curioso ensayo métrico del que no he encontrado modelo y al que la monotonía de los hemistiquios, 6 + 6, no compensa la insistencia rítmica de la rima interior. Con todo, es índice de un poeta seguro de su técnica y notable afán innovador.

La última composición de Cotarelo es un «Fragmento» de «En la soledad del campo» y también destaca por la facilidad de su métrica: se compone de 9 sextillas paralelas con los versos terceros y sexto agudos pero con la novedad de que los versos de pie quebrado son el 2.º y 7.º. Lo más cercano que he encontrado a este ensayo es la sextilla que aparece en la «Canción a una dama burlada» de la novela «Sancho Saldaña», de Espronceda. Por lo demás, su contenido, tierno y lacrimoso, de sensualidad casi sensiblera, nos trae ecos de Meléndez Valdés más que de sus contemporáneos.

El conjunto de las poesías de Cotarelo que recoge «El Crepúsculo» nos hace lamentar el incompleto conocimiento de un poeta bien dotado técnicamente y con evidente sensibilidad.

De un poeta también mal conocido, Joaquín M. López Paqué, se incluyen cuatro poemas. Aparte de estas poesías, sólo he encontrado el delicado poemita «A la violeta» en «El Guadalbullón» y el hinchado y patrioterico «La nueva Luz» de la «Corona poética esparterista» (1854). A partir de aquí, el silencio más absoluto: ni en el «Romancero de

Jaén» (1862), ni en los nutridísimos «Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla» (1860-85) aparecen composiciones suyas. Tampoco el puntual y generoso Cazabán hace mención de él ni en «Poetas y poesías» ni en la revista «Don Lope de Sosa». Y, sin embargo, era un poeta muy conocido y estimado, como lo prueba el que en tres ocasiones el periódico «Jaén» (1883) le recuerda con cariño y admiración en las reseñas de las sesiones de la «Sociedad Literaria»: en el homenaje a Almendros se lee una «bellísima» poesía suya y en el homenaje a Jiménez Serrano de 21 de enero se lee: «El señor don Joaquín López Paqué, que hace años tiene la inmensa desgracia de carecer de la vista, por cuya causa no pudo asistir a la velada y que es contemporáneo de Jiménez Serrano, envió a la Sociedad unas preciosas quintillas». Seguramente, esta antigua ceguera explica, aunque no justifica del todo, la parvedad de su obra conocida.

La primera de sus poesías es «El insomnio» en octavillas agudas abbé-accé (el segundo y sexto, tetrasílabos; octosílabos los demás). Se trata de una poesía amorosa, un tanto empalagosa e inmadura; probablemente esta inmadurez se justifica por la extrema juventud del poeta si, como se ha dicho, era contemporáneo de Jiménez Serrano que nació en 1821.

«El lagarto de Jaén» es una larga composición distribuida en tres números de la Revista, de variada métrica pero escasa novedad. Narra López Paqué, con soltura pero sin garbo, la conocida leyenda que luego tentaría a Almendros en uno de sus afortunados «cuentos de abuela». Coinciden ambos en lo fundamental: la añagaza con el cabrito como cebo que obliga a salir al «tremendo vestiglo de insano mirar», según López Paqué, de su guarida bajo la fuente de la Magdalena, pero Almendros introduce algunas variaciones, en mi opinión, acertadas. En Almendros, el libertador es un condenado a muerte al que su hazaña le vale el indulto. En López Paqué, el temerario joven se lanza a la desafortunada aventura para doblegar la tozuda oposición del padre de la amada. La versión de Almendros es más convincente —poéticamente hablando— por su estructura narrativa, por la belleza y fluidez de las digresiones líricas y por la unidad métrica —toda ella en romance— más conforme a la concentración dramática. Con todo, es seguro que Almendros conoció la versión de López Paqué pues la suya no se publica hasta 1868.

De las dos restantes composiciones de este poeta, «La estrella de amor» es una letrilla de buena factura y mediocre inspiración y «La

hurí de Jaén» viene a ser una amable y galante exaltación de la mujer jaenera, seguramente sin mayores pretensiones.

Tiene cierto interés, a efectos exclusivamente de reconstruir la historia literaria de Jaén, la poesía «El guerrero», seguramente la primera conocida de Antonio García Negrete que luego habría de ser prolífico y mediano poeta. Es un poema altisonante, pretencioso y hueco, características que habrían de lastrar en el futuro su abundante obra.

Por estar firmadas, no quiero dejar de mencionar «A la ciudad de Jaén» de un tal Francisco de Rojas, discreta loa a nuestra ciudad y a sus glorias históricas entre narrativa y oriental. También el poeta asturiano José María de Albuérne (1823-1880) publica un poema de circunstancias «A Margarita en su himeneo» para felicitar a una dama en su boda y lamentar no ser el afortunado esposo. La inanidad del género y del asunto me relevan, creo, de cualquier comentario.

Para terminar este comentario a la poesía de «El Crepúsculo» no puedo dejar de mencionar, entre las anónimas, la garbosa poesía «A una paizanilla» en habla semidialectal. Mencionar solamente porque ha sido estudiada con detenimiento por la Prof.^a Sancho Rodríguez (7); sólo quiero destacar el interés literario que ofrece la precoz aparición en Jaén de este género poético que alguna vez cultivaron Almendros y Montero Moya y que acabaría alcanzando su consagración nacional con Vicente Medina, Chamizo y Gabriel y Galán.

Cuatro años después «El Avisador» y un año más tarde de éste «El Guadalbullón» iniciarían el progresivo auge de la prensa giennense hasta alcanzar su máximo florecimiento y estabilidad a partir de la Restauración. Pero ahí queda «El Crepúsculo» como el pionero, como la primera muestra, tímida aún, de un periodismo independiente de inspiraciones y mandatos oficiales y como un repertorio representativo del tardío romanticismo provinciano en una nación de romanticismo tardío y de segunda mano; aunque esta nación, paradójicamente, fuera la patria ideológica y temática de muchos aspectos del romanticismo europeo.

(7) SANCHO RODRÍGUEZ, M.^a ISABEL: «Guadalbullón», Revista de la Escuela Universitaria de Profesorado de E.G.B. de Jaén, n.º 1, año 1984, pp. 99-108.